

OFICIO

Seudónimo: Krashcartón

Categoría: Cuento

Eran las cinco de la tarde y Palermo se veía espléndido desde la esquina de La Pampa y Figueroa Alcorta. Sentado a una mesa en la vereda de la confitería, el hombre contemplaba el parque mientras se bebía una Budweiser fría. Forzó la vista y divisó la superficie del lago entre la arboleda. Este lugar se pone fantástico durante la primavera, se dijo. La gente iba y venía. En su mayoría, eran personas que trotaban o hacían caminatas por las sendas peatonales. Pasaban también algunos ciclistas. Al verlos, el hombre recordó sus viejas promesas de empezar una práctica deportiva. Cada tanto se lo proponía, pero al fin, la rutina le ganaba la partida. Estaba por cumplir cuarenta, tenía una empresa muy rentable y, si bien su trabajo estaba en la calle, pensó que ya era hora de dedicarle algo de tiempo al cuerpo. Miró su BMW estacionado junto al cordón de la vereda y se imaginó cambiándolo por una bicicleta. Acarició el vidrio frío y húmedo de la botella de cerveza y supo que ella tampoco encajaba en el proyecto. Había otros vicios que también tendría que dejar... No iba a ser fácil.

Una jovencita, que emergió del parque entre la arboleda, llamó su atención. Tendría unos doce o trece años y, si bien era casi una niña, se vestía como una adolescente. Caminaba en dirección a la confitería con un andar sensual, estudiado. Miraba furtivamente a un lado y a otro, como si estuviera buscando algo o a alguien. Llevaba una pollera roja que terminaba bastante más arriba de las rodillas. Unos pechos breves, apenas en el inicio de su desarrollo, pretendían asomar por el escote exageradamente abierto de la camisa.

Mientras cruzaba la calle, pudo verla mejor. Era muy delgada y eso se le notaba no solo en el cuerpo. El pelo, rubio y abundante como la melena de un león, resaltaba su delgadez. La cara, pálida, era un compendio de necesidades insatisfechas, entre ellas una adecuada alimentación y muchas horas de descanso. Había otras. Se adivinaba su oficio. Llevaba los labios pintados de un rojo furioso y por los surcos violeta debajo de los ojos se podía calcular las horas de trabajo que acumulaba.

La muchacha subió con precaución a la vereda. El hombre reparó en los zapatos. Eran de taco, muy altos; elevaban su estatura en unos diez centímetros, por lo menos. Caminaba con dificultad, cuidando de no torcerse un tobillo. Sus movimientos torpes daban a entender que no estaba acostumbrada a usar ese tipo de calzado. Una cinta de cuero, que le cruzaba el pecho de derecha a izquierda en bandolera, terminaba sobre la cadera en un pequeño rectángulo, también de cuero; posiblemente, una cartera o el estuche del celular.

Cuando subió a la vereda, su mirada se cruzó con la del hombre que tomaba cerveza. Sin dudar un instante, se desvió de su camino y fue directo hacia la mesa. Se paró frente al varón para que él la observara y decidiera si tomaba o dejaba. El hombre se detuvo en los ojos. Eran azules, muy bellos. Ese cuerpo y esa cara habían perdido algo de su lozanía, pero los ojos y la mirada mantenían la frescura y la belleza propias de la pubertad.

—Quinientos..., por una hora —dijo escuetamente, como cansada de repetir siempre la misma frase.

El hombre no se movió ni contestó. Siguió mirando esos ojos y, como un rayo, otros ojos azules regresaron desde una lejana adolescencia.

Una mujer entrada en años pasó junto a la mesa y observó la escena. Dijo algo ininteligible por lo bajo y, sacudiendo la cabeza en forma negativa, se alejó acelerando el paso. Dos conductores premiaron con bocinazos el final de la espalda de la muchacha y se escucharon voces masculinas ponderando alguna parte de su cuerpo.

—Sentate —le ordenó el hombre señalando una silla junto a la suya.

—No puedo —dijo ella con una voz infantil, mientras miraba de reojo a los costados.

—Por favor... —insistió con educación el hombre señalando la silla con la mano.

La muchacha dudó unos segundos. No estaba preparada para este tipo de invitación y se le subieron los colores a la cara. Miró a los costados y pareció buscar la aprobación del resto de los clientes de la confitería. Al fin, se sentó en el borde de la silla, como quien se prepara para escapar rápidamente, y aguardó la decisión del hombre.

La Calderita, te llamábamos, y en esas dos palabras resumíamos tu pasión inagotable. Te queríamos; a nuestro modo, te queríamos por todo lo que nos dabas sin pedir nada a cambio. Nos estremecías con esa mirada azul, invitadora e irresistible, el pelo rubio y desordenado y el contraste con tu atuendo miserable. Me hervía la sangre cada vez que en un susurro cómplice te sacaba la promesa de un

"sí", para luego arder impaciente hasta sumergirnos en la frondosa ligustrina de la cancha del Deportivo. Me elevaba cuando te derretías en mis brazos entre gemidos de placer, mientras te desvestía presuroso y las caricias iniciaban el anhelado rito de saciar urgencias. Me hacías flotar de goce con cada gesto, con cada movimiento de tu cuerpo, con la desesperada felicidad que te arrancaba una impiadosa fiebre vaginal. Y lloraba con vos. Creo que nunca lo notaste, pero te juro que lloraba con vos. Me dolía en el alma tu arrepentimiento. Me sentía culpable de no haberte ayudado a luchar contra el demonio que tenías en el cuerpo, el que te hacía ser una mujer que no querías ser. A los demás les pasaba lo mismo. La Calderita, te llamábamos, pero jamás dejamos que lo supieras.

El mozo de la confitería, un gigante corpulento con cara de pocos amigos, se acercó a la mesa y, de mal modo, le dijo a la muchacha que no podía permanecer allí y que no molestara a los clientes.

El hombre que tomaba cerveza le respondió sin levantar la voz y manteniendo la mirada en la niña:

—Yo la invito. Traiga el sándwich más cargado que tenga y una coca.

El mozo miró sorprendido al cliente, hizo un gesto de fastidio, y sin contestarle, se marchó adentro del salón para ordenar el pedido. En el camino, se le escuchó murmurar algo que sonó como "degenerado", pero el cliente no se inmutó.

—No puedo aceptarle comida, señor —dijo la muchacha que estaba casi en pánico.

—Bueno, aún no he aceptado ni rechazado tu propuesta y, mientras lo pienso, podríamos conversar un poco, ¿no?

—No se me permite señor... —casi imploró.

—¿Cómo te llamás?

—Silvia...

—¿Cuántos años tenés?

La niña palideció y guardó silencio. El hombre comprendió enseguida que ella nunca respondería a esa pregunta.

El mozo llegó con un inmenso sándwich y aún molesto lo tiró sobre la mesa. Luego, abrió la gaseosa, y se fue bufando. Los ojos de la niña se agrandaron ante el irresistible plato de comida; miró al hombre como pidiendo permiso para comerlo.

—Andá, comelo, después seguimos hablando.

La muchacha se arrojó sobre el sándwich y casi se atragantó con el primer bocado.

No te comprendimos cuando caíste en manos del "cafiolo". Tratamos, pero no pudimos. Nos preguntábamos qué cosa te habría prometido el tipo ese para enredarte. Nunca nos respondiste. Tal vez fue el hambre, diario merodeador de tu desesperanza, el que te empujó al precipicio. Yo te visitaba cuando podía y me recibías con infinita alegría en tu habitación inmunda. Yo le pagaba al rufián, a él solo le importaba el dinero. Nos acostábamos abrazados y en silencio, como dos hermanos que se reencuentran y no quieren pensar en el tiempo perdido. Y vos te

dormías, y disfrutabas el descanso tanto como mi protección. A veces, hasta reías en sueños y yo me sentía el hacedor del milagro que germinaba en tu memoria inconsciente.

—¿Desde qué hora estás trabajando? —preguntó el hombre cuando la niña hizo una pausa.

—Desde las diez.

—¿A qué hora terminás?

—Depende. A veces, termino a las doce de la noche, pero si aparece algún cliente especial, sigo hasta la madrugada.

—¿Especial?

—Sí, me avisan que alguien me ha pedido para una fiesta y eso... —no bien terminó la frase se sobresaltó y empezó a mirar en todas direcciones.

—No te preocupes, él no está... —la tranquilizó el hombre luego de mirar discretamente a su alrededor.

—Él siempre está, yo no lo veo, pero sé que me vigila...

—¿Vos creés?

—Un cliente me explicó una vez que, a lo mejor, me sigue por el teléfono —dijo, y señaló la bolsita de cuero que colgaba junto a su cintura.

—No tengas miedo, mientras estés conmigo no corrés ningún peligro.

La niña se tranquilizó y le devolvió un gesto de gratitud. Terminó de comer el sándwich y con la punta de los dedos emprendió la captura de las migas de pan que habían quedado y se las metió en la boca una a una. Luego, se bebió lo que quedaba de la gaseosa casi sin respirar.

—¿Te maltrata? —preguntó el hombre.

La muchacha dudó otra vez en contestar. Lo hizo con un movimiento afirmativo de la cabeza. Disimuladamente, se desprendió los botones de la camisa. Un hematoma violeta se expandía debajo de sus pechos, sobre las costillas del lado izquierdo. Enseguida, volvió a cubrirse.

Te juro que de nosotros jamás salió un reproche. Ni siquiera cuando te fuiste a vivir con el "cafiolo" ese y dejaste de frecuentarnos. Creeme que nos alegramos y todo. "Ojalá que sea feliz", dijo uno, y allí nomás todos quisimos brindar por vos. Terminamos borrachos aquella noche, y hubo lágrimas. Vos sabés que a los borrachos se les da por llorar algunas veces. Y hubo otras noches en que pasó lo mismo. Alguien mencionaba tu nombre y, sin saber cómo, llegaban el alcohol y las lágrimas. O la furia, como cuando supimos que el "cafiolo", lejos de apartarte de la miseria, te había hundido aún más en ella, que te pegaba y que vos consentías estoica el castigo como si fuera una expurgación de tus viejos pecados.

Las primeras sombras de la tarde empezaban a caer sobre la vereda de la confitería. En Figueroa Alcorta, el tránsito era despiadado a esa hora y una brisa cálida traía humedad desde el río. Llovería de un momento a otro. La muchacha esperaba

impaciente la decisión del hombre. Se sintió rara al descubrir que existían horas de sosiego que no eran las del sueño, pero la esperaba un seguro castigo al final de la jornada. Lanzó una mirada furtiva al parque y odió sus arboledas y sus senderos, y odió el lago, un poco más allá. Odió la carnalidad brutal, la intimidad forzada, la humillación. Odió también el silencio y la soledad. Odió las mañanas y las tardes y las noches. Miró con envidia a una pareja que, estrechada en un abrazo, ingresaba en las inminentes oscuridades del parque. Iban sin apuro, como si fueran dueños del tiempo. Eran dueños del tiempo. ¿Cómo sería ser dueña del propio tiempo?

Volvió la vista al hombre que la observaba de un modo distinto al de todos los hombres que se le acercaban.

—Se ha hecho muy tarde y no voy a poder aceptar tu oferta —dijo él mirando su reloj—. Igualmente, me has hecho pasar un buen rato.

Por primera vez, la niña sonrió. A menudo escuchaba esa frase, pero en circunstancias bien distintas. Se levantó de la mesa y le preguntó:

—¿Volveré a verlo?

—Difícilmente. Estoy de paso en Buenos Aires.

La muchacha volvió a sonreírle. Al hacerlo, una blanca dentadura y los hoyuelos que se formaron en sus mejillas le iluminaron el rostro. Empezó a caminar rumbo al parque. Al llegar al cordón de la vereda, se dio vuelta, agitó una mano a modo de saludo y dijo:

—Gracias...

Luego siguió caminando hasta perderse en la penumbra. No volvió a mirar atrás.

El hombre quedó pensativo unos minutos. Tenía la vista clavada en la botella de Budweiser casi vacía. Al fin, chasqueó la lengua, hizo una seña al mozo y le pidió la cuenta.

"No me busques más", me pediste aquella noche. Insistí en conocer los motivos de tu decisión. Al fin, me explicaste que esa era "tu" vida, la vida que habías elegido. Que yo tenía que crecer y endurecerme. Que debía aprender cómo era la vida en realidad. "Los buenos momentos", dijiste, "son como los buenos sueños: aparecen solo de tanto en tanto". "Lo demás es sufrimiento", sentenciaste. De repente, dejaste de ser la quinceañera más codiciada por los alumnos del secundario para convertirte en una mujer que ya había elegido su camino y del que no quería apartarse. "Tenés que crecer", insististe, "esto no es tan malo, es la vida, tarde o temprano vas a comprenderme".

Después crecí, todos crecimos, y la vida nos fue llevando por senderos impensados. Como me lo pediste, me fui endureciendo. Y te comprendí. ¡Vaya si te comprendí...!

El hombre terminó su cerveza en el preciso momento en que el mozo le traía la cuenta. Pagó, se levantó y caminó unos cien metros hasta un bar vecino. Abrió la puerta, buscó a alguien en su interior y entró. Fue hacia una mesa a la que estaba sentado un sujeto vestido con una camisa estrafalaria. Un Rolex de oro resplandecía

en su muñeca izquierda y un aro del mismo metal en la oreja derecha. Tenía el pelo largo y la camisa desprendida hasta la mitad del pecho. De su cuello, colgaba una gruesa cadena que sostenía la fulgurante cabeza de un carnero. El recién llegado corrió una silla y se sentó frente al sujeto que lo miró expectante. Dejó pasar un par de segundos y le ordenó:

—Deshacete de ella. No sirve para este negocio.